

CONVERSANDO CON LA ISLA SAN LORENZO

Tenía un compromiso con la isla San Lorenzo. Era urgente conversar con la mole de piedra y arena que se halla frente al Callao.

Muy de mañana, tomé mi bote y acompañado de las aguas de Neptuno y una generosa neblina que copaba totalmente a la isla, me encaminé hacia ella. Era muy de madrugada y el chasquido sincrónico del ingreso de los remos al hundirse en el agua daba una música especial a mis oídos. Las brazadas eran largas y fuertes.

El balanceo de las olas se hizo más intenso por el lado del famoso Camotal. El bote comenzó a flaquear y comencé a tener cierto temor. La aventura era bastante arriesgada y me hallaba a la mitad del camino. El balanceo me hizo trastabillar, recuperé calma y me di ánimo. Divisaba en su larga amplitud a esa hermosa mujer y su apéndice el Frontón.

Llegué a una de sus faldas. Me deslicé por sus laderas y esquivando al Faro que se halla en el cerro Cabezo, Toqué las del cerro La Mina que se halla exactamente a 396 metros sobre el nivel del mar. Es el cerro más alto que tiene la isla. Me acerqué a conversar con ella.

Palpé sus faldas. Golpeé sus laderas. Dormía. De pronto como si se produjera un huayco ensordecedor escuché como un bramido.

Era el resoplar de una bestia o el fuerte aletazo de una ola. «¿Quién interrumpe mi sueño?», vociferó. «Soy yo hermana, un historiador chalaco que desea conocer tus generosas impresiones después de tantos siglos de silencio».

«Tienes mucha razón. Después de la catástrofe de 1746 pensé que nadie jamás me molestaría». «¿Puedes contarme hermana San Lorenzo qué papel has cumplido al estar tantos siglos mirando al Callao en su generosa magnitud? ¿Puedes decirme qué papel cumples en esta geografía porteña y qué uso te podemos dar? ¿Estás contenta con la gente actual?». Una falda amiga se acopló a mis glúteos.

Me estaba brindando asiento. Le agradecí. Observé como se regocija en sus entrañas. El cerro adquirió aires de castañuelas y parecía como si las olas alrededor cimbreaban candorosamente en un acompasado «ir y venir de olas de mar».

«Si supieras hermano mío que hasta de nombre me han cambiado. Mi patronímico era Shina en homenaje a un dios Yunga. El dios de la costa. Después terminando el glorioso Imperio Incaico, en esa transición antes de la llegada de los expedicionarios, me llamaban Isla de Lobos y, por último, con los conquistadores, San Lorenzo. Pero prefiero ser Shina. Ojalá se acuerden de mí y me devuelvan esa denominación. Antes del Incanato esta isla gozaba de hermosas ceremonias, recordando el Templo de la Luna que estaba ubicado cerca del Cerro

Encantado, a un paso del actual cementerio. Ceremonias donde se rendía culto a la luna y al mar. Fueron ceremonias que estos ojos no volverán a ver. Después te contaré, el Inca Pachacútec muchas veces disfrutó de mis aguas y con sus Vírgenes del Sol cumplía los ritos de la plegaria y de la pasión».

La isla había adquirido postura humana e imponente. Ella misma se había echado sobre su arena para poder escucharla mejor. Sentía nostalgia en sus palabras, nostalgia en sus relatos, nostalgia en sus añoranzas. La escuchaba extasiado. Era un acierto haberme acercado a ella.

«Otro instante maravilloso y desconcertante» -continuó diciendo- «fue cuando los piratas descansaban después de sus ataques. Escenas desgarrantes y gestos heroicos que solamente ponértelos a contar nos llevaría horas de horas». La escuchaba atentamente. No quería interrumpir la voz de la isla después de muchos siglos de silencio y de ansiedad del futuro.

«Desde aquí contemplé amigo Nello la destrucción del Callao. Una inmensa ola marina que se fue enrollando por el lado del hoy llamado Camotal y que adquirió varios metros de altura. Hasta aquí escuché el ayer de dolor, de desesperación de las gentes. La escena transcurrió de noche». Aproveché para decirle: «hay algunas versiones que señalan que las olas cubrieron la isla». Una carcajada sonora. Retumbante y ensordecedora cubrió toda la isla. «Eso es una fantasía distinguido amigo. Nada podía hacer. La sombra nocturna cubrió la tragedia, el horror y la debacle. Sin poder atinar a nada. Fue una noche triste, desalentadora y frustrante, porque el Callao quería repuntar. Aquí sobre estos lomos estuvo Carlos Darwin, el ingrato personaje del Callao que nos trata de beodos y corrompidos. Más bien debemos destacar la figura de Max Ulhe, quien trabajó concienzudamente sobre este suelo y descubrió lo que todavía tenemos, y faltan manos amigas, para que muestren las riquezas que guardan mi suelo. Son riquezas de la cultura yunga e inca».

«Muchos siglos han pasado y aquí estoy para brindarles a los chalacos mis paisanos otro aspecto que hasta no hace mucho no me había dado cuenta. El aporte turístico a nivel nacional e internacional. Sufrí mucho cuando fracasó el puente de La Punta con la isla en el año de 1913 por el Ing. Jacobo Kraus, volví a sufrir nuevamente cuando fracasó el proyecto de Jorge Labarthe Gonzáles. El Callao está perdiendo plata. Está perdiendo divisas, está perdiendo un filón óptimo de economía. Me gustaría que nuestra hermosa isla vuelva con nuevos bríos a brindar a la población un aspecto poco tocado, el aporte turístico y su proyección a nivel mundial».

«Yo espero que sea pronto realidad». Le di un fuerte abrazo a la Hermana San Lorenzo. Un abrazo de frustración, de rabia y de despecho. Hasta ahora el pueblo chalaco no reacciona. Tiene frente a él un coloso en divisas y en distracciones, sin embargo se pierde el tiempo, no se mide la distancia y seguimos desperdiciando mil oportunidades. Le pedí disculpas al Cerro La Mina. Poco a poco volvió a adquirir su fisonomía. Eran las 6 de la mañana.